

que debía diezmarla. El triunfo de Robespierre fué completo. En aquella misma noche, Tallien, que temblaba por su vida, escribió una carta confidencial á Robespierre en la que se le humillaba. Esta carta no se encontró entre los papeles de Robespierre sino despues de su muerte. En ella se manifiesta el poder del dictador y el servilismo del representante.

«Robespierre,—le decía Tallien,—las terribles é injustas palabras que has pronunciado resuenan aún en mi ulcerada alma. Vengo con la franqueza de un hombre de bien á darte algunas aclaraciones. Algunos intrigantes que quieren ver divididos á los patriotas te rodean hace tiempo y te previenen contra muchos de tus colegas, y sobre todo contra mí. No ha sido la primera vez que se ha usado este medio. Debe recordarse mi conducta en un tiempo en que pude ejercer bastantes venganzas. Me refiro á tí mismo, Robespierre; no he cambiado ni de principios ni de conducta; constante amigo de la justicia, de la verdad y de la libertad, yo no me he desviado un solo momento de estos objetos. En cuanto á las intenciones que me suponen, las niego. Sé que se me ha pintado á los ojos de los comités y á los tuyos como un hombre inmoral. Pues bien, que vengan á mi casa, y me encontrarán con mi anciana y respetable madre en la habitacion que ocupábamos ántes de la revolucion. No tengo ningun lujo, y á excepcion de algunos libros, no se ha aumentado ni con un sueldo lo que ántes poseia. He podido cometer sin duda algunos errores, pero són involuntarios é inseparables de la debilidad humana. Hé aquí mi profesion de fe, de la que nunca me separaré: es un mal ciudadano el que detenga la marcha de la revolucion. Tales son, Robespierre, mis sentimientos. Viviendo solo y aislado, tengo pocos amigos, pero siempre lo seré de los verdaderos defensores del pueblo.» Robespierre despreció esta carta y no respondió á ella. No estimaba mucho á Tallien para creer que semejante pluma pudiese convertirse nunca en puñal. En revolucion, jamás se desconfía bastante de los hombres serviles. Ellos solos son un peligro.

VIII

Algunos dias despues, Robespierre, en los Jacobinos, no atacó con menor imprudencia á un hombre más flexible y más temible aún que Tallien: éste era Fouché. Le hizo excluir de la sociedad por haber predicado el ateismo en Nevers. «¿Teme este hombre aparecer ante vosotros?—dijo.—¿Teme los ojos y los oidos del pueblo? ¿Teme que su triste figura presente el crimen en rasgos visibles, que seis mil miradas fijas sobre él descubran en sus ojos su alma entera, y que á pesar de la naturaleza que los ha ocultado, se lean sus pensamientos?»

Los odios que se acumulaban de todas partes contra él, empezaban á fermentar más descubiertamente en el seno de los comités. Robespierre, Couthon y Saint-Just les pedian imperiosamente que se sirviesen del decreto que habian obtenido para enviar al tribunal revolucionario los hombres que agitaban á la Convencion. Aquellos hombres eran principalmente: Fouché, Tallien, Bourdon de l'Oise, Freiron, Thuriot, Rovere, Lecointre, Barras, Legendre, Cambon, Leonard Bourdon, Duval, Audouin, Carrier y José Lebon. Indecisos los comités, dudaban. Couthon apeló á los Jacobinos. «Las sombras de Danton, de Hebert y de Chaumette se paseán todavía entre nosotros,—les dijo en la sesion del 26.—Buscan perpetuar

los males que nos han hecho estos conspiradores. La república ha puesto toda su confianza en la Convencion, y ésta la merece, pero existen aún algunos espíritus perversos en su seno. Es tiempo ya de que estos malvados sean descubiertos y castigados. Afortunadamente,—añadió,—su número es pequeño, y puede que no lleguen á cuatro ó seis. ¡Que los malos caigan, que perezcan!»

Frecuentemente estallaban altercados en el comité de salud pública entre Robespierre y sus colegas. Billaud-Varenes no ocultaba sus sospechas sobre el uso que los triunviros se proponian hacer del decreto de Prairial. «¿Tú quieres guillotinar á toda la Convencion?»—dijo un dia á Robespierre. Carnot y el mismo Collot-d'Herbois reprendian en térmi-



nos injuriosos á Robespierre la opresion que hacía pesar sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just, que afectaba desorganizar sus planes militares con el atrevimiento de un jóven inexperto. Vadier, presidente del comité de seguridad general, participaba de la animosidad de sus colegas, y la expresaba con más rusticidad.

Las fiestas de Clichy.—Pág. 437.

El dia ántes en que Elías Lacoste debía dar su informe sobre los cómplices de Admiral y Cecilia Renault, Vadier fué al comité. «Mañana—dijo á Robespierre—daré tambien un informe sobre un negocio que tiene relacion con éste, y propondré la acusacion de la familia de Sainte-Amaranthe.» «Tú no harás nada»,—le dijo imperiosamente Robespierre. «Lo haré,—repuso Vadier.—Tengo todas las pruebas en mi poder, y prueban la conspiracion; la descubriré toda entera.» «Pruebas

ó no, si tú lo haces yo te atacaré,—replicó Robespierre levantándose y reteniendo apenas las lágrimas de ira que caían de sus ojos.—Pues bien, yo os liberto de mi tiranía. Me retiro. ¡Salvad la patria sin mí si podeis! En cuanto á mí, estoy resuelto; no quiero renovar el papel de Cromwell.» Y se retiró, en efecto, pronunciando estas últimas palabras, y no volvió más al comité de salud pública.

Unos miraron aquella ausencia y abdicacion voluntaria como una debilidad, otros como habilidad. El valor que habia mostrado hasta entónces Robespierre en presencia de sus enemigos, y que mostró despues ante la muerte, no permite creer que fuese debilidad. Desde el momento en que Robespierre no pudo dominar á los comités por el ascendiente de su voluntad y de su popularidad, le pareció obrar sábiamente en separarse ostensiblemente de sus colegas. Se desprendió así de la responsabilidad de los crímenes que iban á señalar su ausencia, declarándose por aquella ausencia en oposicion de hecho con el gobierno, porque meditando derribar el comité, no podia quedar á los ojos de la opinion cómplice de sus actos. Se va á ver á qué lado se inclinó la opinion pública y quién la atrajo, si un hombre ó la anarquía.

Pero la retirada de Robespierre no le desarmaba completamente en el seno mismo del comité. Conservaba una mano invisible en el centro del gobierno. Saint-Just acababa de volver al ejército del Rhin. Su ausencia habia dejado vacante en el comité de salud pública la presidencia de la direccion de policia general. Robespierre se encargó de reemplazar á su jóven colega, teniendo de esta suerte el hilo de todas las tramas que se podian urdir contra él, y por medio de los numerosos espías de aquella policia podia envolver á sus enemigos en sus propias tramas. Los papeles secretos que se encontraron en su casa despues de su caída, manifiestan la vigilancia que ejercia sobre todos los miembros temibles de la Convencion y de los comités. Conservaba el principal resorte de un gobierno proscriptor, que es la delacion. No era la mano, pero sí el oido y la vista del gobierno revolucionario. Además, era la única voz que escuchaba el pueblo, y no dudaba que el dia en que él levantase aquella voz acusando á sus enemigos, destruiria el débil aparato de odios é intrigas que fraguaban en su contra; pero queria dejarlos que se metiesen más en el lazo que les tendia por su ausencia para que se hiriesen de muerte con las armas que les dejaba. Acumulaba en silencio los informes confidenciales sobre sus opiniones, contaba sus pasos, notaba sus palabras é interpretaba sus pensamientos. Hé aquí los testimonios ó sospechas que recogia y que consultaba para escoger en la hora de la venganza entre sus víctimas ó sus partidarios:

«Legendre—le escribian sus espías—ha sido visto ayer paseando con el general Perrin. La conversacion era animada y misteriosa. Se han separado á las once. Legendre entró al mediodía en la Convencion, y salió á la una. Se ha reparado que se paseaba en las Tullerías, que su aspecto indicaba el cuidado y el fastidio. Se reunió con él un desconocido y hablaron en voz baja.

»Thuriot ha salido á las siete con una mujer de una casa desconocida. Ha llevado á esta mujer al jardin del palacio Igualdad. Se han paseado bajo los árboles y han entrado en otra casa para cenar. A medianoche aún no habian salido.

»Tallien ha permanecido ayer en los Jacobinos hasta el fin de la sesion. Al salir ha esperado á un hombre armado con un grueso baston, que le acompaña ordinariamente. Se han cogido del brazo y han hablado en voz baja, alejándose

hacia el lado del jardin Igualdad. Han estado hablando hasta medianoche. Tallien ha ido en un coche de alquiler á la calle de la Bella Perla. El hombre del grueso baston se ha marchado, sin que hayamos podido descubrir su casa ni su calle. Va vestido con casaca roja y blanca á anchas rayas, tiene rubio el cabello, y es de la edad de Tallien.

»Tallien no ha salido de su casa ayer hasta las tres de la tarde. Uno de sus confidentes nos ha dicho que, habiéndole preguntado por qué no hacia hablar de él en la Convencion, Tallien le ha respondido que estaba disgustado desde que le habian echado en cara en el comité no haber guillotinado más en Burdeos. Hay agentes confidenciales que le instruyen de todo lo que pasa en los comités. Se hace escoltar cuando sale por cuatro ciudadanos que le vigilan de léjos.

»Thuriot, Charlier, Fouché, Bourdon de l'Oise, Gaston y Breard han tenido esta mañana conversaciones secretas en la Convencion.

»A Bourdon de l'Oise se le ha visto ayer en la calle, inmóvil y reflexionando, indeciso por qué lado se dirigiria.

»Tallien ha estado ajustando libros esta mañana durante una hora en una librería del dique; miraba constantemente á un lado y otro con inquietud y con sospecha.»

Estos informes instruian de hora en hora á Robespierre de los pasos de sus enemigos. Couthon observaba por sí mismo el interior del comité de salud pública, David y Lebas el de seguridad general, Coffinhal el tribunal revolucionario, y Payan á la municipalidad. Ningun movimiento, ningun síntoma se le ocultaba. Las notas escritas por su propia mano revelan su continua meditacion sobre los caracteres y sobre los antecedentes de los hombres que se preparaba á destruir con los comités ó á elevar al gobierno. En sus manuscritos secretos formaba el catálogo de sus sospechas ó de sus confianzas:

«Dubois-Crancé—escribia—en el caso de la ley que destierra de Paris por haber usurpado títulos falsos de nobleza, y despedido como intrigante del ejército de Cherburgo. Ha dicho que era necesario exterminar hasta el último vendeano. Amigo de Danton; partidario de Orleans, con el que tuvo relaciones muy estrechas.

»Delmas, ex-noble, intrigante vicioso, coligado con la Gironda, amigo de Lacroix, confidente de Danton; tiene relaciones con Carnot.

»Thuriot no ha sido nunca más que un partidario de Orleans. Su silencio desde la caída de Danton contrasta con su eterna locuacidad ántes de esta época. Agita bajo mano á la Montaña y fomenta las facciones. Asistió á las comidas de Danton y de Lacroix en casa de Guzman y en otros parajes sospechosos.

»Bourdon de l'Oise se ha cubierto de crímenes en la Vendée, en donde ha tenido el placer, en sus orgías con el traidor Tunk, de matar soldados con sus propias manos. Une á la perfidia el furor. Ha sido uno de los más fogosos defensores del sistema del ateísmo. El dia de la fiesta del Sér Supremo, se permitió con este motivo los más groseros sarcasmos delante del pueblo. Hacía reparar con afectacion á sus colegas las señales de favor que el pueblo le manifestaba. Hace diez dias que, estando en casa de Boulanger, encontró á una jóven sobrina de éste. Tomó dos pistolas que estaban sobre la chimenea. La jóven le advirtió que estaban cargadas. «Bien,—le dijo,—si yo me mato, se dirá que tú me has asesinado, y serás guillotinado.» Tiró las pistolas á la jóven, pero no se dispararon porque no

estaban cebadas. Este hombre se pasea sin parar, con aire de asesino que medita un crimen. Parece que le persiguen la imagen del cadalso y las furias.

»Leonardo Bourdon, intrigante despreciable en todo tiempo, es uno de los cómplices inseparables de Hebert; amigo de Klootz. Nada iguala la baja de sus intrigas para aumentar el número de sus pensionarios y para apoderarse de los ahijados de la patria. Fué uno de los primeros que introdujeron en la Convención el uso de envilecerla por sus acciones indecentes, así como de hablar con el sombrero puesto y presentarse en un traje cínico.

»Merlin, famoso por la capitulación de Maguncia, más que sospechoso de haber recibido el precio.

»Montaut, ántes marqués, busca vengar su humillada casta por sus denuncias eternas contra el comité de salud pública.»

En oposicion con estos hombres de que desconfiaba, escribia los nombres de los que se proponia llamar á los grandes destinos de la república. Estos eran Hermann para la administracion, Payan ó Julien para la instruccion pública, Fleuriot para el corregimiento de Paris, Buchot ó Fourcade para los negocios extranjeros, Albarade para la marina, Jaquier, cuñado de Saint-Just; Coffinhal, Subleyras, Arthur, Darthé y otra porcion de nombres oscuros, escogidos hasta entre los artesanos, pero notados de celo, patriotismo y virtudes cívicas.

Al lado de estos nombres salidos de su pluma para hallarlos en el día de su poder, llovian á centenares cartas anónimas ó firmadas que deseaban al mismo tiempo al tirano de la Convencion la apoteosis ó la muerte. Aquellas cartas manifestaban igualmente, por el entusiasmo ó por la invectiva, el inmenso alcance de aquel nombre que llenaba por sí solo tantas imaginaciones en la república.

«Tú que iluminas el universo con tus escritos,—decia una de aquellas cartas,— tú llenas al mundo con tu fama; tus principios son los de la naturaleza; tu lenguaje, el de la humanidad; tú conviertes á los hombres á su dignidad natural. Segundo creador, tú regeneras el género humano.»

«¡Robespierre! ¡Robespierre!—dice otra carta.— Ya lo ves, tú aspiras á la dictadura, y quieres matar la libertad. Tú has conseguido hacer perecer á los más firmes apoyos de la república. Así fué como Richelieu consiguió reinar, haciendo correr sobre los cadalsos la sangre de todos los enemigos de sus planes. Tú has sabido prevenir á Danton y Lacroix. ¿Sabrás prevenir el golpe de mi mano y de veintidos Brutos como yo? Treinta veces he intentado clavarte en el seno un puñal envenenado. He querido compartir esta gloria con otros. Tú perecerás por la mano que no sospechas y que estrecha la tuya.»

«Te he visto—dice otra—al lado de Petion y de Mirabeau, padres de la libertad, y ahora veo que has quedado sano en medio de la corrupcion y en pie entre ruinas. No confies sino á tí mismo la ejecucion de tus designios. ¡Tú serás mirado en los futuros siglos como la piedra angular de nuestra constitucion!»

«¡Tú vives aún, tigre sediento de la sangre de Francia,—decian en otra,—verdugo de tu país! ¡Tú vives aún! Pero tu hora se acerca. Esta mano que tus extraviados ojos quieren descubrir se levanta contra tí. Todos los días estoy contigo; todos los días, todas las horas busco lugar para herirte. Adios. ¡Esta misma tarde, mirándote, voy á gozarme en tu terror!»

En otra parte: «¡Robespierre, columna de la república, alma de los patriotas,

genio incorruptible, montañes ilustrado, que todo lo ve, que todo lo prevé, verdadero orador, verdadero filósofo, á quien yo no conozco sino como á Dios por sus maravillas: la corona, el triunfo se os debe, entre tanto que el incienso cívico perfuma ante el altar que nosotros elevarémos y que reverenciará la posteridad mientras que los hombres conozcan el precio de la libertad y de la virtud!»

«No podeis escoger momento más favorable—le escribia Payan, su confidente



Catalina Theos y don Gerle.—Pág. 439.

más ilustrado en la municipalidad—para herir á todos los conspiradores. Haced, os lo repito, un vasto informe que abrace á todos los conspiradores, que muestre todas esas conspiraciones reunidas en el día en una sola; que se vea á los fayettistas, los realistas, los federalistas, los hebertistas, dantonistas y los bourdonistas... Trabajad en grande... Esta carta podría perderme; quemadla.»

IX

En medio de estas correspondencias públicas, otras domésticas distraian la atencion del hombre de Estado, llamándola sobre las divisiones de su familia.

«Nuestra hermana—le escribía su hermano menor—no tiene una sola gota de sangre que se parezca á la nuestra. Si; he visto en ella tales cosas, que la miro como nuestra más grande enemiga. Abusa de nuestra reputacion sin mancha para darnos la ley y para amenazarnos con dar un paso escandaloso que nos perdería. Es necesario tomar un partido decisivo con ella, hacerla ir á Arras, y alejar de este modo de nosotros una mujer que hace nuestra comun desesperacion. ¡Quisiera darnos la fama de malos hermanos!»

«Importa para vuestra tranquilidad que me aleje de vosotros, —escribía á su vez la hermana.—Importa tambien, por lo que dice á la causa pública, que yo no viva más en Paris. Debo libraros ante todo de un objeto odioso. Desde mañana podreis entrar en vuestro aposento sin temor de encontrarme. Mi permanencia en Paris no os inquietará más. No cuido en asociar á mis amigos en mi desgracia. No necesito más que algunos dias para calmar el desórden de mis ideas y decidirme sobre el lugar de mi destierro. El cuartel que habita la ciudadana Laporte, en cuya casa voy á refugiarme provisionalmente, es el sitio en toda la república en que puedo estar más ignorada.»

Pero si Robespierre no se dejaba distraer de la vigilancia sobre sus enemigos, ni por sus cuidados domésticos, ni por su extrema indigencia, ni por las adoraciones, ni por las amenazas de sus corresponsales, los comités no dejaban adormecer igualmente ni sus odios, ni sus alarmas, ni sus sordas conspiraciones contra él. Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, Barere, Vadier, Amar y Elías Lacoste se esforzaban, por un acrecentamiento del Terror, en prepararse ante la Convencion y ante los Jacobinos contra las acusaciones de indulgencia que Robespierre hubiera podido dirigirles. Por otro lado, afectaban rechazar en él solo las ejecuciones del tribunal revolucionario, y representarle en sus confidencias como un insaciable verdugo de sus colegas. «Que nos pida las cabezas de Tallien, de Bourdon y de Legendre, se puede discutir,—decía Barere;—pero las cabezas de todos los jefes de la Convencion que le inquietan, no se puede condescender á estas exigencias de sangre.»

Se hacía correr en los bancos las pretendidas listas de las cabezas pedidas por Robespierre, á fin de apasionar por el terror á los que no eran apasionados por deseos. Moises Bayle, miembro influyente del comité de seguridad general, confesó un dia la duplicidad del comité en sus relaciones con Robespierre. «Tallien—decía Moises Bayle—ha cometido tantos crímenes, que de quinientas mil cabezas no conservaría una si se le hiciese justicia. El comité tiene las pruebas y los documentos. Pero bastaría que fuese atacado por Robespierre para que guardásemos silencio.»

Los hombres amenazados por Robespierre estaban advertidos por el cuidado del comité. Advertía á los que él miraba con indiferencia. Algunos conciliábulos nocturnos se tenían, tanto en casa de Tallien como en la de Barras, entre Lecointre, Freron, Barras, Tallien, Garnier de l'Aube, Rovere, Thirion, Guffroy y los dos Bourdon. Se concertaban los medios de despopularizar la fama, de detener ó prevenir los golpes de Robespierre, manifestar su ambicion y sellar su tiranía. El extremo peligro, el profundo misterio, el cadalso levantado y cercano, daban á aquella oposicion naciente el carácter, el secreto y la desesperacion de una conjuracion. Tallien, Barras y Freron eran el alma. Estos tres diputados, llamados de

sus comisiones de Burdeos, Marsella y Tolon, y amenazados por la severa cuenta que les pediría Robespierre, habian depuesto con sentimiento el poder de sus funciones. Procónsules absolutos por mucho tiempo, árbitros soberanos de la vida y los despojos, les costaba trabajo volver á su estado de simples diputados, y temblar ante un dueño. El poder dictatorial que habian ejercido en el ejército, la costumbre de los combates, los servicios hechos á la república, el uniforme que habian llevado á la cabeza de nuestras columnas, daban alguna cosa más marcial y más precisa á sus resoluciones. Los campamentos enseñan á despreciar las tribunas. Barras, Freron y Tallien formaban en medio de aquellos hombres de palabra el germen y el centro de un



Reunion en casa de la Madre de Dios.—Pág. 443.

partido militar, pronto á cortar con el sable el nudo de la trama que se urdía alrededor de ellos. Tallien imprimía la desesperacion, Freron la venganza, y Barras la confianza á los conjurados. Eran tres hombres de accion, tanto más á propósito á los golpes de mano, cuanto menos tenían la supersticion de las leyes y los escrúpulos de la libertad.

Conspiradores á la manera de Danton, olvidaban en las revoluciones los principios para no ver más que las circunstancias, más aficionados de poderes y de goces que de constituciones, y queriendo salvar á cualquier precio sus cabezas, en lugar de llevarlas con resignacion sobre el cadalso. Obrar, prevenir y herir era toda su táctica.